

The Project Gutenberg EBook of Poemas, by Edgar Allan Poe

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Poemas

Author: Edgar Allan Poe

Contributor: Rubén Darío

Release Date: June 16, 2008 [EBook #25807]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK POEMAS ***
*

Produced by Adrian Mastronardi, Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net> (This file was produced from images generously made available by The Internet Archive/American Libraries.)

EDGAR ALLAN POE

POEMAS

CON UN PRÓLOGO

DE

Rubén Darío

EDITOR: CLAUDIO GARCIA SARANDI, 441

1919

POEMAS

PEÑA Hnos.--Imp.

INDICE

Prólogo de _Rubén Darío_

POEMAS

Annabel Lee

A mi Madre

Para Annie

Eldorado

Eulalia

Un ensueño en un ensueño

La ciudad en el mar

La Durmiente

Balada Nupcial

El Coliseo

El Gusano Vencedor

A Elena

A la Ciencia

A la Señorita * * *

A la Señorita * * *

Al Río

Canción

Los Espíritus de los Muertos

La Romanza

El Reino de las Hadas

El Lago

La Estrella de la Tarde

El Día más Feliz

Imitación

Las Campanas

Ulalume

Estrellas Fijas

Dreamland

El Cuervo

PRÓLOGO

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el steamer despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de sanidad. El ladrante slang yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos arromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: all right. Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por falta de sol, a la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agrupan los pasajeros: el comerciante de gruesa panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el clergyman huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero

de fieltro, y en la
mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra
de jockey, y que
durante toda la travesía ha cantado con voz fonográ
fica, al són de un
banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y qu
e, aficionado al box,
tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desqu
ijarrar un
rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se
alcanza a ver la
tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego,
levantando sobre su
cabeza la antorcha simbólica, queda a un lado la gi
gantesca Madona de la
Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma
brota entonces la
salutación:

«A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra
Señora de la
Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un
sinnúmero de almas y
corazones. A ti, que te alzas solitaria y magnífica
sobre tu isla,
levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso
de mi _steamer_,
prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave: Good m
orning! Yo sé, divino
icono, ¡oh, magna estatua!, que tu solo nombre, el
de la excelsa beldad
que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mu
ndo, a la manera del
fiat del Señor. Allí están entre todas, brillante
s sobre las listas de
la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de
América, de esta tu
América formidable, de ojos azules. Ave, Libertad,
llena de fuerza; el
Señor es contigo: bendita tú eres. Pero, ¿sabes?, s
e te ha herido mucho
por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. An

da en la tierra otra
que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha,
lleva la tea.
Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables
flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme
que está al frente, aquella tierra coronada de torres,
aquella región de donde casi sentís que viene un soplo
subyugador y terrible: Manhattan, la isla de
hierro, Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa,
la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada
de islas menores, tiene cerca a Jersey; y agarrada a Brooklyn
con la uña enorme del puente, Brooklyn, que tiene sobre el
palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto
soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París,
cuando uno no cree escucharla, al acercarse, halagadora
como una canción de amor, de poesía y de juventud!
Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir
de pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos
todos a un inaudito remate, y que el martillo del rematador
cae sobre cúpulas y techumbres produciendo un ensordecedor
trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo,
recuerdo la ciudad, que vi en el poema bárbaro el vidente
Thogorma:

_Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles de
fer dont

s'enroulaient des spirales des tours et des palais
cerclés d'arain sur
des blocs lourds; ruche énorme, géhenne aux lugubre
s entrailles où
s'engouffraient les Forts, princes des anciens jours
·—

* * * * *

Semejantes a los Fuertes de los días antiguos, vive
n en sus torres de
piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manh
attan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, bram
an, conmueven la
Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la impre
nta, el dock y la
urna electoral. El edificio Produce Exchange, entre
sus muros de hierro
y granito, reúne tantas almas cuantas hacen un pueb
lo... He allí
Broadway. Se experimenta casi una impresión doloros
a; sentís el dominio
del vértigo. Por un gran canal, cuyos lados los for
man casas
monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrio y
sus tatuajes de
rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerci
antes, corredores,
caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vest
idos de anuncios y
mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmen
sa arteria en su
hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ci
ertas pesadillas.
Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de perc
herones gigantescos,
de carros monstruosos, de toda clase de vehículos.
El vendedor de
periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrión
, de tranvía en

tranvía, y grita al pasajero _¡intanrsooonwood!_,
lo que quiere decir,
si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios,
el _Evening
Telegram_, _el Sun_ o el _World_. El ruido es marea
dor y se siente en el
aire una trepidación incesante; el repiqueteo de lo
s cascos, el vuelo
sonoro de las ruedas, parece a cada instante aument
arse. Temeríase a
cada momento un choque, un fracaso, si no se conoci
ese que este inmenso
río que corre con una fuerza de alud, lleva en sus
ondas la exactitud de
una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre
, en lo más
convulsivo y cespado de la ola en movimiento, sucede
que una lady
anciana, bajo su capota negra, o una miss rubia, o
una nodriza con su
bebé, quiere pasar de una acera a otra. Un corpulen
to policeman alza la
mano; detiénese el torrente; pasa la dama; ¡all rig
ht!

«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces ca
libanes...», escribe
Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a es
tos hombres de la
América del Norte? Calibán reina en la isla de Manh
attan, en San
Francisco, en Boston, en Washington, en todo el paí
s. Ha conseguido
establecer el imperio de la materia desde su estado
misterioso con
Edison, hasta la apoteosis del puerco, en esa abrum
adora ciudad de
Chicago. Calibán se satura de wishky, como en el dr
ama de Shakespeare de
vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de n
ingún Próspero, ni
martirizado por ningún genio del aire, engorda y se

multiplica. Su
nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar
de entre esos
poderosos monstruos algún sér de superior naturalez
a, que tiende las
alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Cal
ibán mueve contra él
a Sicorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio
el mundo con Edgar
Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocid
o el ensueño y la
muerte...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, alma,
dulce reina mía, tan
presto ida para siempre, el día en que, después de
recorrer el hirviente
Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo no
mbre de Edgar,
harmonioso y legendario, encierra tan vaga y triste
poesía, y he visto
desfilas la procesión de sus castas enamoradas a tr
avés del polvo de
plata de un místico ensueño? Es porque tu eres herm
ana de las liliales
vírgenes, cantadas en brumosa lengua inglesa por el
soñador infeliz,
príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres
llama del infinito
amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, p
or donde en el
Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos,
pasan tus hermanas y
te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu v
irtud, ¡oh, mi ángel
consolador; oh, mi esposa! La primera que pasa es I
rene, la dama
brillante de palidez extraña, venida de allá, de lo
s marea lejanos; la
segunda es Eulalia, la dulce Eulalia, de cabellos d
e oro y ojos de
violeta, que dirige al Cielo su mirada; la tercera

es Leonora, llamada
así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén dis-
tante; la otra es
Francés, la amada que calma las penas con su recuer-
do; la otra es
Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de
Weir, cerca del
sombrio lago de Auber; la otra Helen, la que fué vi-
sta por la primera
vez a la luz de perla de la Luna; la otra Annie, la
de los ósculos y las
caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabe-
l Lee, que amó con un
amor envidia de los serafines del Cielo; la otra Is-
abel, la de los
amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en
fin, meditabunda,
envuelta en un velo de extraterrestre esplendor...
Ellas son, cándido
coro de ideales oceánidos, quienes consuelan y enju-
gan la frente al
lírico Prometeo amarrado a la montaña Yankee, cuyo
cuervo, más cruel aun
que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de
Palas, tortura el
corazón del desdichado, apuñaleándole con la monóto-
na palabra de la
desesperanza. Así tú para mí. En medio de los marti-
rios de la vida, me
refrescas y alientas con el aire de tus alas, porqu-
e si partiste en tu
forma humana al viaje sin retorno, siento la venida
de tu sér inmortal,
cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tien-
de hacia mí el negro
arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de m-
í el oro invisible
de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbóli-
co surge en el cielo
de mis noches como un incomparable guía, y por clar-
idad inefable llevo
el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esper

anza.

EL HOMBRE

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y transcendente para que su nombre y su obra no sean a la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano, críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al Sr. Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor, el odioso farrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El dón mitológico parece nacer en él por lejano atavismo, y vese en su poesía un claro

rayo del país del sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una ríña, que es el prólogo de guerra sangrienta.

Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo, glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe; ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio» según las palabras de la noble Sra. Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que llevan su apellido en la tierra del honorable padre de su patria Jorge Washington.

Sábase que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow, un osado, sir Arnoldo, que defendió a una _lady_, acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre _Condesa_ del tiempo de Cromwell; y pasado sobre en redos genealógicos antiguos, un General de los Estados Unidos, su abue

lo. Después de todo,
ese sér trágico, de historia tan extraña y romances
ca, dio su primer
vagido entre las coronas marchitas de una comediant
a, la cual le dio
vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobr
e artista había
quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el te
atro, era inteligente
y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y me
lancólico visionario
que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable dón de la belleza corpo
ral. De todos los
retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aqu
ella especial
hermosura que en descripciones han dejado muchas de
las personas que le
conocieron. No hay duda que en toda la iconografía
poeana, el retrato
que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr.
Clarke para publicar
un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que
éste trabajaba en la
empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protest
ó contra los falsos
retratos de Poe, que después de su muerte publicaro
n. Si no tanto como
los que calumniaron su hermosa alma poética, los qu
e desfiguran la
belleza de su rostro son dignos de la más justa cen
sura. De todos los
retratos que han llegado a mis manos, los que más m
e han llamado la
atención son el de Chiffart, publicado en la edició
n ilustrada de
Quantin, de los _Cuentos extraordinarios_, y el gra
bado por R. Loncup,
para la traducción del libro de Ingram por Mayer. E
n ambos, Poe ha
llegado ya a la edad madura. No es, por cierto, aqu

el gallardo jovencito
sensitivo que al conocer a Elena Stannard, quedó trémulo y sin voz como
el Dante de la _Vita Nuova_....

Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas
carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista
parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi
ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart
ha intentado pintar al autor del _Cuervo_, al visionario, al _unhappy
Master_, más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada
triste, de tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago gesto de
dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez
fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor
infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros
retratos, como el de Halpin para la edición de Armstrong, nos dan ya
tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con
la cabeza bella e inteligente de que habla Clark. Nada más cierto que la
observación de Gautier:

«Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer
encantador aspecto. La reputación no le viene, sino muy tarde, cuando ya
las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las
pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una
máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto

por estigma una
magulladura o una arruga.»

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza.»

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito.»

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada.» Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello.»

Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana, quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Estos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....». Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros o

jos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache: el iris acero gris, poseía una cristalina claridad y transparencia, a través de la cual la pupila negra azabache se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello.--¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!--me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verle darse vuelta lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando».

La misma agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible, y sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo». Sábese, pues, que aquella alma pot

ente y extraña estaba
encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción
y dotes físicas
deberían ser nativas en todos los portadores de la
lira. ¿Apolo, el
crinado numen lírico, no es el prototipo de la bell
eza viril? Mas no
todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los
privilegiados se
llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y culti
vada, pudo resistir
esa terrible dolencia que un médico escritor llama
con gran propiedad
«la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasion
ado, un nervioso, uno
de esos divinos semilocos necesarios para el progre
so humano,
lamentables cristos del arte, que por amor al etern
o ideal tienen su
calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació
con la adorable llama
de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo
que era su martirio.
Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre qu
e jamás podría
conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. E
l Sr. Allan--cuyo
nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del
poeta--jamás pudo
imaginarse que el pobre muchacho recitador de verso
s que alegraba las
veladas de su _home_, fuese más tarde un egregio pr
íncipe del Arte. En
Poe reina el _ensueño_ desde la niñez. Cuando el vi
aje de su protector
le lleva a Londres, la escuela del dómine Brondeby
es para él como un
lugar fantástico que despierta en su sér extrañas r
eminiscencias;
después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de a

quella morada y del
viejo profesor han de hacerle producir una de sus s
ubyugadoras páginas.
Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facult
ad musical; por otra,
la fuerza matemática. Su _ensueño_ está poblado de
quimeras y de cifras
como la carta de un astrólogo. Vuelto a América, vé
mosle en la escuela
de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo qu
e se nutre de
clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser
algo como un
champion estudiantil; en la carrera hubiera dejad
o atrás a Atalanta,
y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero s
i brilla y descuella
intelectual y físicamente entre sus compañeros, los
hijos de familia de
la fofa aristocracia del lugar miran por encima del
hombro al hijo de la
cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuv
o que devorar este
sér exquisito, humillado por un origen del cual en
días posteriores
habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primer
os golpes los que
empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico
de sus labios. Desde
muy temprano conoció las asechanzas del lobo racion
al. Por eso buscaba
la comunicación con la Naturaleza, tan sana y forta
lecedora. «Odio,
sobre todo, y detesto este animal que se llama Homb
re», escribía Swift a
Poe. Poe, a su vez, habla «de la mezquina amistad y
de la fidelidad de
polvillo de fruta (gossamer fidelity) del mero homb
re». Ya en el libro
de Job, _Eliphaz Themanita_, exclama: «¿Cuánto más
el hombre abominable
y vil que bebe como la inquietud?».

No buscó el lírico americano el apoyo de la oración ; no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la maticidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático para su propio espíritu». La Ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo. Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus tributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración; olvidando la profunda afirmación filosófica: _Intellectus noster sic ¿de habet? ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertilionis ad solem._ No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como Creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una

definición de Dios,
tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más
que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de
su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas
palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin para sí, porque
desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin
por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene
todas las cosas, que es ser por sí mismo necesario, y a éste llamamos
Dios...» En la Revelación Magnética, a vuelta de divagaciones
filosóficas, Mr. Vankirk--que, como casi todos los personajes de Poe, es
Poe mismo--afirma la existencia de un Dios material, al cual llama
materia suprema e imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada,
o sea Dios en estado de reposo, es en lo que entra en nuestra
comprensión, lo que los hombres llaman espíritu». En el diálogo entre
Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia;
así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la
desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extraños
vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

Rubén Darío.

TRADUCCIÓN DE ALBERTO LASPLACES

ANNABEL LEE

Hace ya bastantes años, en un reino más allá de la mar vivía una niña que podéis conocer con el nombre de Annabel Lee. Esa niña vivía sin ningún otro pensamiento que amarme y ser amada por mí.

Yo era un niño y _ella_ era una niña en ese reino más allá de la mar; pero Annabel Lee y yo nos amábamos con un amor que era más que el amor; un amor tan poderoso que los serafines del cielo nos envidiaban, a ella y a mí.

Y esa fué la razón por la cual, hace ya bastante tiempo, en ese reino más allá de la mar un soplo descendió de una nube, y heló a mi bella Annabel Lee; de suerte que sus padres vinieron y se la llevaron lejos de mí para encerrarla en un sepulcro, en ese reino más allá de la mar.

Los ángeles que en el cielo no se sentían ni la mitad de lo felices que éramos nosotros, nos envidiaban nuestra alegría a ella y a mí. He ahí porque (como cada uno lo sabe en ese reino más allá de la mar) un soplo descendió desde la noche de una nube, helando a mi Annabel Lee.

Pero nuestro amor era más fuerte que el amor de aquellos que nos aventajan en edad y en saber, y ni los ángeles del cielo ni los demon

ios
de los abismos de la mar podrán separar
jamás mi alma del alma de la bella Annabel
Lee.

Porque la luna jamás resplandece sin traerme
recuerdos de la bella Annabel Lee; y cuando
las estrellas se levantan, creo ver brillar los
ojos de la bella Annabel Lee; y así paso largas
noches tendido al lado de mi querida,--mi
querida, mi vida y mi compañera,--que
está acostada en su sepulcro más allá de la mar,
en su tumba, al borde de la mar quejumbrosa.

1849.

A MI MADRE

(_Soneto_)

Porque siento que allá arriba, en el cielo, los
ángeles que se hablan dulcemente al oído, no
pueden encontrar entre sus radiantes palabras
de amor una expresión más ferviente que la de
«_madre_», he ahí por qué, desde hace largo
tiempo os llamo con ese nombre querido, a ti
que eres para mí más que una madre y que
llenáis el santuario de mi corazón en el que la
muerte os ha instalado, al libertar el alma de
mi Virginia. Mi madre, mi propia madre, que
murió en buena hora, no era sino mi madre.
Pero vos fuisteis la madre de aquella que quise
tan tiernamente, y por eso mismo me sois
más querida que la madre que conocí, más
querida que todo, lo mismo que mi mujer era
más amada por mi alma que lo que esta misma
amaba su propia vida.

PARA ANNIE

¡Gracias a Dios! la crisis, el mal ha pasado y la lánguida enfermedad ha desaparecido por fin, y la fiebre llamada «vivir» está vencida.

Tristemente, sé que estoy desposeído de mi fuerza, y no muevo un músculo mientras estoy tendido, todo a lo largo. Pero, ¿qué importa? Siento que voy mejor paulatinamente.

Y reposo tan tranquilamente, en el presente, en mi lecho, que a contemplarme se me creería muerto, y podría estremecer al que me viera, creyéndome muerto.

Las lamentaciones y los gemidos, los suspiros y las lágrimas son apaciguadas entre tanto por esta horrible palpitación de mi corazón; ¡ah, esta horrible palpitación!

La incomodidad,--el disgusto--el cruel sufrimiento--han cesado con la fiebre que enloquecía mi cerebro, con la fiebre llamada «vivir» que consumía mi cerebro.

Y de todos los tormentos, aquel que más tortura ha cesado: el terrible tormento de la sed por la corriente oscura de una pasión maldita. He bebido de un agua que apaga toda sed.

He bebido de un agua que corre con sonido arrullador, de una fuente subterránea pero poco profunda, de una caverna que no está

muy lejos, bajo tierra.

¡Ah! que no sea dicho jamás: mi cuarto está oscuro, mi lecho es estrecho; porque jamás ningún hombre durmió en lecho igual--y para _dormir_ verdaderamente, es en un lecho como éste en el que hay que acostarse.

Mi alma tantalizada reposa dulcemente aquí, olvidando, sin recordarlas jamás, sus rosas, sus antiguas ansias de mirtos y de rosas.

Pues ahora, mientras reposa tan tranquilamente, imagina a su alrededor, una más santa fragancia de pensamientos, una fragancia de romero mezclado a pensamientos, a sabor callejero y al de los bellos y rígidos pensamientos.

Y así yace ella, dichosamente sumergida en recuerdos perennes de la constancia y de la belleza de Annie, anegada en un beso a las trenzas de Annie.

Tiernamente me abraza, apasionadamente me acaricia. Y entonces caigo dulcemente adormecido sobre su seno, profundamente adormido del cielo de su seno.

Y así reposo tan tranquilamente en mi lecho--conociendo su amor--que me creéis muerto.
Y así reposo, tan serenamente en mi lecho,--con su amor en mi corazón,--que me creéis muerto, que os estremecéis al verme, creyéndome muerto.

Pero mi corazón es más brillante que todas las estrellas del cielo, porque brilla para Annie, abrasado por la luz del amor de mi Annie, por el recuerdo de los bellos ojos luminosos de mi Annie....

1849.

ELDORADO

Brillantemente ataviado, un galante caballero, viajó largo tiempo al sol y a la sombra, cantando su canción, a la busca del Eldorado.

Pero llegó a viejo, el animoso caballero, y sobre su corazón cayó la noche porque en ninguna parte encontró la tierra del Eldorado.

Y al fin, cuando le faltaron las fuerzas, pudo hallar una sombra peregrina.--Sombra,--le preguntó--¿dónde podría estar esa tierra del Eldorado?

--«Más allá de las montañas de la Luna, en el fondo del valle de las sombras; cabalgad, cabalgad sin descanso--respondió la sombra,--si buscáis el Eldorado....».

1849.

EULALIA

Vivía sólo en un mundo de lamentaciones y mi alma era una onda estancada, hasta que la bella y dulce Eulalia llegó a ser mi pudorosa compañera, hasta que la joven Eulalia, la de los cabellos de oro, llegó a ser mi sonriente compañera.

¡Ah! las estrellas de la noche brillan bastante menos que los ojos de esa radiante niña! Y jamás girón de vapor emergido en un irisado claro de luna, podrá compararse al bucle más descuidado de la modesta Eulalia, podrá compararse al bucle más humilde y más descuidado de Eulalia, la de los brillantes ojos!

La duda y la pena no me invaden jamás, ahora, porque su alma me entrega suspiro por suspiro. Y durante todo el día, Astarté resplandece

brillante y fuerte en el cielo, en tanto que siempre hacia ella, mi querida Eulalia, levanta sus ojos de esposa, en tanto que siempre hacia ella mi joven Eulalia eleva sus bellos ojos violetas!...

1845.

UN ENSUEÑO EN UN ENSUEÑO

Recibid este beso en la frente. Y ahora que os dejo, permitidme por lo menos confesar esto: no os agraviéis, vos que estimáis que mis días han sido un ensueño. Entretanto, si la esperanza se ha ido, en una noche o en un día, en una visión o en un sueño, ¿se ha ido menos por eso? Todo lo que vemos o nos parece, no es sino un ensueño en un ensueño!

Me encuentro en medio de los bramidos de una costa atormentada por la resaca, y tengo en la mano granos de arena de oro. ¡Cuán poco es! ¡Y cómo se deslizan a través de mis dedos hacia el abismo, mientras lloro, mientras

lloro! ¡Dios mío, ¿no puedo retenerlos en un nudo más seguro? ¡Dios mío!, ¿no podré salvar uno solo del cruel vacío? ¿Todo lo que vemos o nos parece no es otra cosa que un ensueño en un ensueño?

1849.

LA CIUDAD EN EL MAR

¡Ved! La Muerte se ha erigido un trono, en una extraña ciudad que se levanta, solitaria, muy lejos, en el sombrío occidente, donde los buenos y los malos, los peores y los mejores han ido hacia la paz eterna. Allí los templos, los palacios y las torres--torres carcomidas por el tiempo, y que no tiemblan nunca,--no se parecen en nada a las nuestras. A su alrededor, olvidadas por los vientos que no las agitan jamás resignadas bajo los cielos, reposan las aguas melancólicas.

Desde el cielo sagrado, ningún rayo desciende en la negra noche de esa ciudad; pero un resplandor

reflejado por la lívida mar, invade las torres, brilla silenciosamente sobre las almenas, a lo hondo y a lo largo, sobre las cúpulas, sobre las cimas, sobre los palacios reales, sobre los templos, sobre las murallas babilónicas, sobre la soledad sombría y desde largo tiempo abandonada,

de los macizos de hiedra esculpida y de flores de piedra--sobre tanto y tanto templo maravilloso en cuyos frisos contorneados se entrelazan claveles, violetas y viñas.

Bajo el cielo, resignadas, reposan las aguas melancólicas. Las torres y las sombras se confunden

de tal modo que todo parece suspendido en el aire, mientras que desde una torre orgullosa, la Muerte como un espectro gigante, contempla la ciudad que yace a sus pies.

Allá los templos abiertos y las tumbas sin losa bostezan al nivel de las aguas luminosas; pero ni las riquezas que se muestran en los ojos adiamantados de cada ídolo, ni los cadáveres con sus rientes adornos de joyas, quitan a las aguas de su lecho; ninguna ondulación arruga, ¡ay de mí! todo ese vasto desierto de cristal; ninguna ola indica que los vientos puedan existir sobre otros mares lejanos y más felices; ninguna ola, ninguna ola deja suponer que han existido vientos sobre mares menos horrorosamente serenos.

Pero, he ahí que un estremecimiento agita el aire. Una onda, un movimiento se ha producido, allá abajo. Se diría que las torres se han bamboleado y se hunden, dulcemente, en la onda taciturna, como si las cimas hubieran producido un ligero vacío en el cielo brumoso. Entonces las ondas tienen una luz más roja, las horas transcurren sordas y lánguidas. Y cuando en medio de gemidos que no tengan nada de terrestres, esta ciudad sea engullida por fin y profundamente fijada bajo la mar, todavía, levantándose sobre sus mil tronos, el Infierno le rendirá homenaje.

1845.

LA DURMIENTE

En el mes de Junio, a media noche me encuentro bajo la mística luna. Un oscuro vapor de opio y de rocío se exhala de su halo de oro, y dulcemente, filtrando por la cumbre tranquila de la montaña, resbala perezosa y armoniosamente por el valle universal. El romero se adormece sobre la tumba, el lis se inclina hacia la onda. Envolviéndose en la bruma se hunde en el reposo. Ved, como parecido al Leteo, el lago parece adormecerse a sabiendas y por nada del mundo quisiera despertar. Toda belleza duerme. Y ved donde reposa--su ventana abierta a los cielos,--Irene, con sus destinos.

¡Oh brillante princesa! ¿por qué dejar esa ventana abierta a la noche? Los espíritus juguetones, desde lo alto de los árboles se filtran a través de la persiana. Los seres incorpóreos, turba de magos, revolotean a través de la cámara y hacen flotar las cortinas del dosel, tan fantásticamente, tan tímidamente, por encima de tu párpado cerrado y franjeado,--bajo el cual se esconde tu alma adormecida--que sobre el piso, al pie del muro, sus sombras se levantan y descienden como una ronda de fantasmas.

Querida niña, ¿no tienes miedo? ¿Por qué, y con qué sueñas? Has venido, ciertamente, de mares muy lejanos; ¿no eres una maravilla para los árboles de ese jardín? Extraña es tu palidez, extraño tu vestido, extraña sobre todo, la longitud de tus cabellos, y todo este silencio solemne.

¡Ella duerme! ¡Oh! puede que su sueño sea tan profundo como durable!; ¡que el cielo la tenga en su santa guardia! ¡Que esta cámara sea transformada en una más melancólica y yo

rogaré a Dios que la deje dormir para siempre,
los ojos cerrados, mientras que a su alrededor
errarán los fantasmas de oscuros velos!

Mi amor: ¡ella duerme! ¡Que su sueño eterno
pueda ser profundo! ¡Que los gusanos se deslicen
dulcemente a su alrededor! ¡Que en el fondo
del bosque viejo y sombrío, alguna gran
tumba pueda abrirse para ella, alguna gran
tumba que haya cerrado otras veces como alas
sus negros «panneaux» triunfantes, por encima
de los estandartes funerarios bordados con
las armas de su ilustre familia;--alguna tumba
lejana y aislada contra la portada de la cual
ella haya en su infancia lanzado tantas piedras
ociosas;--algún sepulcro cuya puerta sonora
no le devuelva jamás nuevos ecos, a ella, pobre
hija del pecado, que en otro tiempo se estremecía
al pensamiento de que fueran los muertos
quienes le respondiesen gimiendo!

1845.

BALADA NUPCIAL

El anillo está en mi dedo y la corona sobre
mi frente; he aquí que poseo rasos y joyas en
abundancia, y en el presente instante soy feliz.

Y mi Señor me ama bien; pero la primera vez
que pronunció su voto sentí estremecerse mi
pecho, porque sus palabras sonaron como un
toque de agonía y su voz se parecía a la de aquel
que cayó durante la batalla en el fondo del valle,
y que es dichoso ahora.

Pero habló de modo de tranquilizarme y

besó mi frente pálida. Entonces un delirio vino y me transportó en espíritu al cementerio. Y pensando que mi Señor era el difunto Elormie, suspiré por él que estaba delante de mí: ¡oh yo soy dichosa ahora!

Así fueron pronunciadas las palabras, y así fué empeñado el juramento. Y aunque mi fe se haya apagado, y aunque mi corazón llegue a quebrarse, he ahí la dorada prenda que prueba que soy dichosa siempre.

¡Quiera Dios que pueda despertar! Porque sueño no sé cómo. Y mi alma se agita dolorosamente en el temor de haber hecho mal, en el temor de llegar a saber que el muerto abandonado no es feliz ahora.

1845.

EL COLISEO

¡Símbolo de la Roma antigua! ¡Suntuoso relicario de sublimes contemplaciones legadas al tiempo por difuntos siglos de pompa y de poderío!! Al fin, después de tantos días de fatigante peregrinaje y de ardiente sed,--sed de corrientes de la ciencia que yace en ti,--yo, hombre transformado, me arrodillo humildemente entre tus sombras y bebo del fondo mismo de mi alma tu grandeza, tu tristeza y tu gloria.

¡Inmensidad, y edad, y recuerdos de antes! Silencio y desolación y profunda noche! Os percibo ahora y os siento en toda vuestra fuerza. ¡Oh sortilegios más eficaces que aquellos que

el rey de Judea enseñó en los jardines de Gethseman
í!

¡Oh encantos más poderosos que los
que la Caldea encantada arrancó jamás a las
tranquilas estrellas!

Aquí, en donde cayó un héroe, cae una columna!
Aquí, en donde el águila teatral brillaba,
cubierta de oro, el oscuro murciélago
hace su aquelarre de media noche. Aquí, en
donde la cabellera dorada de las damas romanas
flotaba al viento, se balancean ahora el
cardo y la caña. Aquí, en donde el monarca
se inclinaba sobre su trono de oro, el ágil y
silencioso lagarto se desliza como un espectro
hacia su casa de mármol, al pálido resplandor
del creciente lunar.

Pero, oíd. Esos muros, esas arcadas revestidas
de hiedra, esos zócalos musgosos, esas columnas
ennegrecidas, esos vagos relieves, esos
frisos ruinosos, esas cornisas rotas, ese naufragio
,
esa ruina, esas piedras grises, ¡ay! ¿es
esto todo lo que queda de famoso y de colosal?
¿es esto todo lo que las horas corrosivas han
perdonado, todo lo que ellos nos han dejado al
Destino y a mi?

«No. No es todo,--me responden los ecos,--no
es todo. Voces fuertes y proféticas se levantan
para siempre en nosotros y en toda ruina
a la intención de los sabios, parecidas a los
himnos de Memnon al Sol! Reinamos en los
corazones de los hombres más poderosos; reinamos
con despótico imperio sobre todas las
almas gigantes. No somos impotentes nosotras,
pálidas piedras. Todo nuestro poderío
no ha desaparecido,--ni toda nuestra gloria,--ni
todo el prestigio de nuestro alto renombre,
ni todo lo maravilloso que nos circunda, ni
todos los misterios que moran en nosotros,--ni

todos los recuerdos que se prenden en nuestros
flancos como un vestido, envolviéndonos
con un manto que es más que la gloria!

1833.

EL GUSANO VENCEDOR

¡Ved!; es noche de gala en estos últimos
años solitarios. Una multitud de ángeles alados,
adornados con velos y anegados en lágrimas,
se halla reunida en un teatro para contemplar
un drama de esperanzas y de temores mientras
la orquesta suspira por intervalos la música de
las esferas.

Actores creados a la imagen del Altísimo,
murmuran en voz baja y saltan de un lado al
otro; pobres fantoches que van y vienen a órdenes
de vastas criaturas informes que cambian
la decoración a su capricho, sacudiendo con sus
alas de cóndor a la invisible desgracia.

Este drama abigarrado--estad seguro que
no será olvidado,--con su fantasma perseguido
siempre por una muchedumbre que no puede
atraparlo, en un círculo que gira siempre sobre
sí mismo y vuelve sin cesar al mismo punto;
ese drama en el cual forman el alma de la intriga
mucho locura y todavía más pecado y horror!....

Pero ved, a través de la bulla de los actores
como una forma rampante hace su entrada!
Una cosa roja, color sanguinolento viene retorciéndose
de la parte solitaria de la escena.
¡Cómo se retuerce! Con mortales angustias

los actores constituyen su presa, y los ángeles
sollozan viendo esas mandibulas de gusano
teñirse en sangre humana.

Todas las luces se apagan, todas, todas.
Sobre cada forma todavía tiritante, el telón,
como un paño mortuorio, desciende con un ruido
de tempestad. Y los ángeles, todos pálidos
y macilentos se levantan y cubriéndose afirman
que ese drama es una tragedia que se
llama «El Hombre» de la cual el héroe es el
Gusano Vencedor.....!

1838.

A ELENA

Elena, tu belleza es para mí como esas barcas
niceanas de otro tiempo que sobre una mar
profunda llevaban dulcemente al viajero, cansado,
hacia su ribera natal.

Largo tiempo habituado a errar sobre mares
desesperados, tu cabellera de jacinto, tu clásico
perfil, tus cantos de náyade me han transportado
al corazón de aquella gloria que fué la
Grecia, de aquella grandeza que fué Roma.

¡Oh! allá abajo, en la espléndida abertura
de esa ventana, como eres parecida a una estatua,
de pie, tu lámpara de ágata en la mano.
¡Oh Psiquis, tu que me has llegado de esas regiones
que son la Tierra Bendita!.....

1831.

A LA CIENCIA

Soneto

¡Oh Ciencia! tu eres la verdadera hija del
viejo tiempo, tu, cuya mirada indiscreta transforma

todas las cosas! ¿Por qué haces tu presa
del corazón del poeta, oh buitre, cuyas alas son
las sombrías realidades? ¿Cómo podría él
amarte? Como te creería sabia si no has
querido dejarlo vagar en sus ensueños en busca
de tesoros en el seno de los cielos constelados,
por más de que hasta allí subiera con ala intrépida
?

¿No has arrancado Diana a su carro,
y obligado a las hamadriadas de la selva a buscar
un asilo en alguna otra estrella más feliz?

¿No has sacado a la náyade de su ola, al elfo de
su pradera verde y a mí mismo no me has arrebatado
mi sueño estival bajo los tamarindos?

1829.

A LA SEÑORITA * * *

¿Qué me importa si mi suerte terrestre no
encierra en mí mismo más que una pequeña
cosa de esta tierra? ¿qué me importa si años
de amor son olvidados en un momento de odio?

No lloro en forma alguna porque los desolados

sean más dichosos que yo, pequeña, sino
porque veo que os afligís por el destino de éste
que no es sino un transeúnte sobre la tierra...

1829.

A LA SEÑORITA * * *

Las umbrías bajo las cuales veo, en mis ensueños,
los más traviesos pájaros cantores, son
labios; y toda la melodía de tu voz no es hecha
sino por palabras creadas por tus labios.

De tus ojos, engastados en el santuario celeste
de tu corazón, caen las miradas desoladas
ahora, ¡oh Dios!, sobre mi espíritu fúnebre,
como la luz de una estrella sobre un sudario.

¡Tu corazón, tu corazón! Me despierto y
suspiro y vuelvo a dormirme para ensoñar
hasta el día de la verdad, que el oro,--capaz de
tantas locuras,--no podrá jamás comprar.

1829.

AL RÍO

¡Bello río! en tu clara y brillante onda de
cristal, agua vagabunda, eres un emblema del
esplendor de la belleza, un emblema del corazón
que no se esconde ahora, un emblema de
la alegre fantasía de arte en casa de la hija del

viejo Alberto.

Pero mientras ella mira en tu corriente,--que resplandece y tiembla, ¿por qué el más hermoso de todos ríos recuerda a uno de sus adoradores? Es porque en su corazón como en tu onda, su imagen está profundamente grabada; en su corazón que tiembla bajo el brillo de sus ojos que buscan el alma!

1829.

CANCIÓN

Te vi en tu día nupcial, cuando un intenso pudor invadía tu frente, aunque todo fuera alegría alrededor de ti y que, delante tuyo, no fuera el mundo sino Amor.

En la vivificante luz que brillaba en tus ojos,--ha ya sido cual haya sido su esencia,--encontré todo lo que mi mirada dolorosa pudo hallar de encantador sobre la tierra.

Ese pudor no era, quizá, sino pudor virginal--pudo muy bien pasar por tal,--aunque su esplendor haya hecho nacer una llama más impetuosa todavía en el seno de aquel que, ¡pobre de él! te vio en tu día nupcial, cuando tu frente se cubría de ese rubor invencible, a pesar de que estuvieras rodeada de dicha y que el mundo no fuera sino amor ante ti!

1827.

LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS

Tu alma se encontrará sola, cautiva de los negros pensamientos de la gris piedra tumbal; ninguna persona te inquietará en tus horas de recogimiento.

Quédate silenciosamente en esa soledad que no es abandono,--porque los espíritus de los muertos que existieron antes que tú en la vida, te alcanzarán y te rodearán en la muerte,--y la sombra proyectada sobre tu cara obedecerá a su voluntad; por lo tanto, permanece tranquilo.

Aunque serena, la noche fruncirá su ceño, y las estrellas, de lo alto de sus tronos celestes,

no bajarán más sus miradas con un resplandor parecido al de la esperanza que se concede a los mortales; pero sus órbitas rojas, desprovistas de todo rayo, serán para tu corazón marchito como una quemadura, como una fiebre que querrá unirse a ti para siempre.

Ahora, te visitan pensamientos que no ahuyentarás jamás; ahora surgen ante ti visiones que no se desvanecerán jamás; jamás ellas dejarán tu espíritu, pero se fijarán como gotas de rocío sobre la hierba.

La brisa,--esa respiración de Dios,--reposa inmóvil, y la bruma que se extiende como una sombra sobre la colina,--como una sombra cuyo velo no se ha desgarrado todavía,--resulta así un símbolo y un signo. Como logra permanecer suspendida a los árboles, ese es el misterio de los misterios!

1827.

LA ROMANZA

¡Oh romanza que gustas cantar, la frente
adormecida y las alas plegadas, entre las hojas
verdes agitadas a lo lejos sobre algún lago
umbrío, tú has sido para mí un papagayo de
vivos colores, un pájaro muy familiar; tú
me has enseñado a leer mi alfabeto, a balbucear
todas mis primeras palabras, mientras
que, niño de mirada sagaz, me hundía en huraños
bosques.

* * * * *

En estos últimos tiempos, el eterno Cóndor
de los tiempos ha estremecido de tal modo mi
cielo hasta en sus alturas, agrandando el tumulto
producido por el pasaje y la huida de
los años, y tengo tan obstinadamente los ojos
fijos en el inquietante horizonte, que no me
queda tiempo para mis dulces ocios.

EL REINO DE LAS HADAS

Valles oscuros, torrentes umbríos, bosques
nebulosos en los cuales nadie puede descubrir
las formas a causa de las lágrimas que gota a
gota se lloran de todas partes! Allá, lunas desmesu-
radas
crecen y decrecen, siempre, ahora,

siempre, a cada instante de la noche, cambiando siempre de lugar, y bajo el hálito de sus faces pálidas ellas oscurecen el resplandor de las temblorosas estrellas. Hacia la duodécima hora del cuadrante nocturno una luna más nebulosa que las otras,--de una especie que las hadas han probado ser la mejor,--desciende hasta bajo el horizonte y pone su centro sobre la corona de una eminencia de montañas, mientras que su vasta circunferencia se esparce en vestiduras flotantes sobre los caseríos, sobre las mismas mansiones distantes, sobre bosques extraños, sobre la mar, sobre los espíritus que danzan, sobre cada cosa adormecida, y los sepulta completamente en un laberinto de luz. Y entonces, ¡cuán profundo es el éxtasis de ese su sueño! De mañana, ellas se levantan, y su velo lunar vuela por los cielos mientras se agitan como pálido albatros al soplo de la tempestad que las sacude como a casi todas las cosas. Pero cuando las hadas que se han refugiado bajo esa luna de la que se han servido, por así decirlo, como de una tienda, la dejan, no pueden jamás volver a encontrar abrigo. Y los átomos de ese astro se dispersan y se convierten bien pronto en una lluvia, de la cual las mariposas de esta tierra, que buscan en vano los cielos y vuelven a descender,--¡criaturas jamás satisfechas!--nos devuelven partículas a veces sobre sus alas estremecidas.

1831.

EL LAGO

En la primavera de mi juventud, fué mi destino no frecuentar de todo el vasto mundo sino

un solo lugar que amaba más que todos los otros,
tanta era de amable la soledad de su lago salvaje,
rodeado por negros peñascos y de altos
pinos que dominaban sus alrededores.

Pero cuando la noche tendía su sudario sobre
ese lugar como sobre todas las cosas, y se agregaba

el místico viento murmurando su melodía,
entonces, ¡oh, entonces se despertaba
siempre en mí el terror por ese lago solitario!

Y sin embargo ese terror no era miedo, sino
una turbación deliciosa, un sentimiento que
ninguna mina de piedras preciosas podría inspirarme

o convidarme a definir, ni el amor
mismo, aunque ese amor fuera el tuyo.

La muerte reinaba en el seno de esa onda
envenenada, y en su remolino había una tumba
bien hecha para aquel que pudiera beber en
ella un consuelo a su imaginación taciturna, para
aquel cuya alma desamparada pudiera haberse
hecho un Edén de ese lago velado.

1827.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Era en el corazón del verano y en medio de
la noche. Las estrellas marchando en sus órbitas
brillaban con un pálido resplandor a través
de la luz más viva de la fría luna, mientras que
ésta, rodeada de los planetas, sus esclavos,
lanzaba desde lo alto de los cielos, sus rayos
sobre las olas.

Yo contemplaba su triste sonrisa, demasiado fría, demasiado fría para mí. Una nube oscura vino a pasar, semejante a un sudario, y fué entonces que me volví hacia ti, Estrella del Sur, orgullosa en tu gloria lejana. Y ahora me será más querida tu luz, porque lo que me traes de más magnificante a través del cielo nocturno, es la alegría de mi corazón, y yo prefiero
o
tu discreto y lejano resplandor a esa llama cercana pero más fría!

1827.

EL DÍA MÁS FELIZ

El día más feliz, la hora más dichosa, los ha conocido mi corazón agotado y marchito; pero siento que ha desaparecido ya mi más alta esperanza de orgullo y de poderío.

¿He dicho de poderío? Sí. Pero desde hace largo tiempo, ¡ay de mí! se han desvanecido los bellos ensueños de la juventud; han pasado ya: dejémoslos que se desvanezcan!

Y tú, orgullo, ¿qué haré de ti ahora? Otra frente puede bien heredar el veneno que me has dado. Que por lo menos mi espíritu permanezca tranquilo.

El día más hermoso, la hora más feliz que mis ojos hayan visto y hayan podido ver jamás, mi más brillante mirada de orgullo y de poderío, todo eso ha existido pero ya no existe; yo

lo siento.

Y si esa esperanza de orgullo y de poderío
me fuera ofrecida ahora acompañada de un
dolor semejante al que experimento, no quisiera
revivir esa hora brillante.

Porque bajo su ala llevaba una oscura
mezcla y mientras volaba, dejaba caer una
esencia todopoderosa para consumir un alma que
tan bien la conocía.

1827.

IMITACIÓN

Una ola insondable de invencible orgullo,
un misterio y un sueño, tal debió parecer mi
primera edad. Yo añado que ese sueño estaba
atravesado por un pensamiento huraño, siempre
despierto, de seres que han existido, y que mi
espíritu no hubiera apercibido jamás si los
hubiera dejado pasar cerca de mí, bajo mi ensoñador
a
pupila. Que ningún otro, acá abajo,
herede esta visión de mi espíritu, de esos pensamie
ntos
que a cada instante quisiera dominar
y que se extienden como un hechizo sobre mi
alma. Porque, al fin, esa brillante esperanza
y ese tiempo liviano se han ido, y mi reposo
terrestre, me ha dejado, él también, con un
suspiro, al pasar. Entre tanto, no me preocupo
de que él perezca con un pensamiento que
entonces amaba....!

1827.

TRADUCIDOS

POR

CARLOS ARTURO TORRES

LAS CAMPANAS

I

Por el aire se dilata
alegre campanilleo...
Son las campanas de plata
del trineo...
¡Oh, qué mundo de alegría expresa su melodía!
¡Qué retintín de cristal
en el ambiente glacial!
Mientras las luces astrales
que titilan en los cielos
se miran en los cristales
de los hielos,
y sube la nota única
como un ágil rima rúnica
que allá en la noche serena
va dilatando sus ecos por el último confín,
y la campanilla suena
dilín, dilín...
¡Melodiosa y cristalina
suena, suena,
suena, suena, suena, suena
la nota ágil y argentina
con metálico y alegre y límpido retintín!

II

¡Escuchad! Un dulce coro
puebla la atmósfera toda:
son las campanas de oro
de la boda.

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota lanza
Su voz como una caricia
o como un suave reproche
desgrana en la calma noche
las perlas de su delicia.
Son las áureas notas una fuente de ledó murmullo
o el enamorado arrullo de la tórtola: la Luna
en la dormida laguna vierte miradas de plata,
y en el éter y en las linfas palpita la serenata...

¡Y cómo en el aire flota
la áurea nota!
¡Cómo brota,
cual dice la dicha ignota,
en el balsámico efluvio de noche primaveral!
¡Y cuán dulce y cuán sonoro,
--dín dan, dín dan--,
es el coro,
--dín dan, dín dan--,
de la campana de oro,
que en su lengua musical
celebrando está el misterio de la noche nupcial.

III

¡Turba el nocturno sosiego
súbita alarma, y entonces
a gran campana de bronce
toca a fuego!
¡Qué terrífica pavora la siniestra nota augura!
Es desesperado ruego
desgarrador y tenaz
al rojo elemento ciego

cada instante más frenético, cada instante más voraz!

En indescriptible pánico
el cataclismo volcánico
con raudo impulso titánico
avanza, la campanada alarido es de terror;
sigue el bronce, sigue el bronce con su clamoroso estruendo

diciendo
cuál crece el peligro horrendo,
cuál se inflama

la llama,
y la Luna como forma de sangriento tabernáculo,
alumbra el rojo espectáculo
en su fantástico horror.

Y el bronce alarmante clama,
clama, clama

como se extiende la injuria
del incendio y crece en furia,
y es ya locura el pavor...

Bajo cielos escarlatas se extiende inflamado manto,

el espanto

en tanto

crece, y sigue la campana de su rebato el clamor.

¡Y en ese rebato armígero,

--dan dan, dan dan--,

crece el estrago flamígero

--dan dan, dan dan--,

al són violento que dan

las campanas de la torre que tocando a fuego están!

IV

Dobla y dobla lentamente
negra campana de hierro
que invita con són doliente
al entierro.

¡Qué solemnes pensamientos despiertan esos acentos!

Del lento y triste sonido
cada toque, cada nota
en el vago viento flota
como doliente gemido,
y de la noche en la calma
el melancólico són,
siente estremecida el alma
cual solemne admonición.
¡Se desprenden esos dobles lúgubres y funerarios
de los altos campanarios
en fúnebre vibración;
en esos dobles alienta algún espíritu irónico
que a cada nota que zumba,
con agrio gesto sardónico
rueda implacable y derrumba
y oprime con todo el peso de la piedra de una tumba
el humano corazón!
¡Quienes tañen las campanas de los toques funerales
no son pobres campaneros, no son sencillos mortales
,
son espectros sepulcrales!
¡Y es el Rey de los espectros quien toca con más te
són!
Pausado, implacable, lento
su toque a cada momento
resuena como un lamento
pregonando la hora única
en extraña rima rúnica,
y parece que sintiera intenso placer diabólico
en este toque simbólico
de muerte y desolación.
--Din dan, din don--,
--din dan, din don--,
dobla, dobla el són monótono, dobla el toque funera
l,
y el Rey espectro su gozo
refina en este sollozo,
en este intenso suspiro
que en su giro
remeda el doble augural

que va recordando al hombre de su existencia el fin al.

El toque sigue y no cesa
y vibra en el alma opresa
sordamente como un cuerpo que cayera en una huesa..

.
--¡Din dan, din don--,
resuena en el corazón,
--din dan, din don--,
de la campana que dobla el lento y lúgubre són!

ULALUME

I

Los cielos cenicientos y sombríos,
crespas las hojas, lívidas y mustias,
y era una noche del doliente octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas,
era en las tristes márgenes del Auber,
el lago tenebroso de aguas mudas,
ante los bosques tétricos del Weir,
la región espectral de la pavora.

II

A solas con mi alma, recorría
avenida titánica y oscura
de fúnebres cipreses... con mi alma,
con Psiquis, alma que, al misterio turba...
Era la edad del corazón volcánico
como las llamas del Yanek sulfúreas,
como las lavas del Yanek que brotan
allá del polo en la región nocturna.

III

Pocas palabras nos dijimos, era
como una confidencia íntima y muda;
palabras serias, pensamientos graves
que la memoria para siempre turban;
no recordamos que era el triste octubre,
que era la noche (¡noche infausta y única!)
no recordamos la región del Auber
que tanto conoció mi desventura,
ni el bosque fantasmático del Weir,
la región espectral de la pavora.

IV

Y cuando la noche ya avanza
de estrellas al vago tremer,
al fin de la oscura avenida
un lánguido rayo se ve,
fulgor diamantino que anuncia
de fúnebre velo al través,
que emerge de nube fantástica
la Luna, la blanca Astarté.

V

Y yo dije a mi alma: «Más que Diana
ardiente, aquella misteriosa Luna
rueda al través de un éter de suspiros;
lágrimas de su faz una por una
caen donde el gusano nunca muere.
Para mostrarnos la celeste ruta
y el alma imperio de la paz Letea
atrás dejó al león en las alturas,
del león las estrellas traspasando,
del león a despecho, ora nos busca
y sus miradas límpidas y dulces
son las miradas que el amor anuncian.»

VI

Mas Psiquis dijo señalando al Cielo:
«La palidez de ese astro me conturba;
pronto, huyamos de aquí, pronto, es preciso.»
Y de sus alas recogió las plumas
con intenso terror, y sollozando,
presa de pronto de invencible angustia
plegó las alas, hasta el polvo frío
lentas dejando descender las plumas.

VII

Y yo le dije: «Tu terror es vano,
sigamos esa luz trémula y pura,
que nos bañen sus rayos cristalinos,
sus rayos sibilinos que ya auguran
e irradian la belleza y la esperanza.
Mira: la senda de los cielos busca;
sigamos sin temor sus limpios rayos
que ellos a playa llevarán segura,
sigamos esa luz limpia y tranquila
a través de la bóveda cerúlea.

VIII

Tranquilicé a mi Psiquis, y besándola,
de su mente aparté las inquietudes
y sus zozobras disipé profundas,
y convencerla que siguiera pude.
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca
llegara! Al fin de la avenida lúgubre
nos detuvo la puerta de una tumba
(¡oh, triste noche del lejano octubre!)
nos detuvo la losa de una tumba,
de legendario monumento fúnebre.
¡Oh, hermana!--dije--¿Qué inscripción confusa
en la sellada losa se descubre?
Respondiome: «Ulalume», esta es su tumba,
¡la tumba de tu pálida Ulalume!

IX

Quedó mi corazón como ese Cielo
ceniciento, como esas hojas mustias,
como esas hojas yertas y crispadas...
¡Ay! pensé: el mismo octubre fué, sin duda
fué en _esa misma noche_ cuando vine
al través del horror y de la bruma
aquí trayendo mi doliente carga...
¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!
¡Oh! ¿Qué infernal espíritu me trajo
a esta región fatal de la tristura?
Bien reconozco el mudo lago de Auber,
y esta comarca que el horror anubla,
y el bosque fantasmático de Weir,
la región espectral de la pavora!

ESTRELLAS FIJAS

(TO HELEN)

I

Te vi un punto;
era una noche de julio, noche tibia y perfumada,
noche diáfana,
de la Luna plena y límpida,
límpida como tu alma,
descendían
sobre el parque adormecido gráciles velos de plata;

ni una ráfaga
el infinito silencio
y la quietud perturbaban;
en el parque

evaporaban las rosas los perfumes de sus almas,
para que los recogieras
en aquella noche mágica;
para que tú lo aspiraras su último aliento exhalaba
n,
como en una muerte extática;
y era una selva encantada,
y era una noche de ensueños y claridades fantásticas!

II

¡Toda de blanco vestida,
toda blanca
sobre un banco de violetas
reclinada
te veía,
y a las rosas moribundas y a ti una luz tenue y diáfana
alumbraba
luz de perla diluida
en un éter de suspiros y de evaporadas lágrimas!

III

¿Qué hado extraño
(¿fué ventura, fué desgracia?)
me condujo
aquella noche hasta el parque de las rosas que exhalaban
los suspiros perfumados
de su alma?
Ni una hoja
susurraba;
no se oía
una pisada,
todo mudo,
todo en calma,
todo en sueño
menos _tú_ y _yo_ (¡cuál me agito al unir las dos p

alabras!)
menos tú y yo. De repente
todo cambia.
De la Luna la luz límpida, la luz de perla se apaga
'
el perfume de las rosas muere en las dormidas auras
'
los senderos se oscurecen
expiran las violas castas,
menos _tú_ y _yo_, todo huye, todo muere, todo pasa
...
¡Todo se apaga y se extingue menos tus hondas miradas,
as,
tus dos ojos donde arde
tu alma!
Y sólo veo entre sombras aquellos ojos...
¡Oh, amada!
¡Qué tristezas extrahumanas,
qué irreales
leyendas de amor relatan!
¡Qué misteriosos dolores,
qué sublimes esperanzas,
qué mudas renunciaciones
expresan aquellos ojos que en las sombras fijan en
mí sus miradas!

IV

¡Noche oscura,
ya Diana
entre turbios nubarrones hundió la faz plateada;
y tú sola
en medio de la avenida
funeraria,
te deslizas
ideal, mística y blanca,
te deslizas y te alejas incorpórea cual fantasma;
sólo flotan tus miradas,
sólo tus ojos perennes,
tus ojos de hondas miradas
fijos quedan!

A través de los espacios y los tiempos marcan, marcan
mi sendero, y no me dejan cual me dejó la esperanza
.
¡Van siguiéndome,
siguiéndome
como dos estrellas cándidas,
cual fijas estrellas dobles en el Cielo apareadas!
En la noche
solitaria
purifican con sus rayos y mi corazón abrasan
y me prosterno ante ellos con adoración extática;
y en el día
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza;
por todas partes me siguen mirándome fijamente
en mi espíritu clavadas...
¡Misteriosas y lejanas
me persiguen tus miradas
como dos estrellas fijas, como dos estrellas tristes,
como dos estrellas blancas!

DREAMLAND

I

En una senda abandonada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
una extraña Deidad la negra Noche
ha erigido su trono solitario;
allí llegué una vez; crucé atrevido
de Thule ignota los contornos vagos
y al Reino entré que extiende sus confines
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

II

Valles sin lindes, mares sin riberas,
cavernas, bosques densos y titánicos,
montañas que a los cielos desafían
y hunden la base en insondables lagos,
en lagos insondables siempre mudos
de misteriosos bordes escarpados,
gélidos lagos, cuyas muertas aguas
un Cielo copian tétrico y extraño.

III

Orillas de esos lagos que reflejan
siempre un Cielo fatídico y huraño
cerca de aquellos bosques gigantescos,
enfrente de esos negros océanos,
al pie de aquellos montes formidables,
de esas cavernas en los hondos antros,
vense a veces fantasmas silenciosos
que pasan a lo lejos sollozando,
fúnebres y dolientes... ¡son aquellos
amigos que por siempre nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

IV

Para el alma nutrida de pesares,
para el transido corazón, acaso
es el asilo de la paz suprema,
del reposo y la calma en Eldorado.
Pero el viajero que azorado cruza
la región no contempla sin espantos
que a los mortales ojos sus misterios
perennemente seguirán sellados,
así lo quiere la Deidad sombría
que tiene allí su imperio incontrastado.

V

Por esa senda desolada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
senda fatal donde la Diosa Noche
ha erigido su trono solitario,
donde la inexplorada, última Thule
esfuma en sombras sus contornos vagos,
con el alma abrumada de pesares,
transido el corazón, he paseado...
¡He paseado en pos de los que huyeron
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

EL CUERVO

TRADUCIDO POR J. PÉREL BONALDO

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexio
nes,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicone
s
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar:
como si alguien, suavemente, se pusiese con inciert
a
mano tímida a tocar:
«Es--me dije--una visita que llamando está a mi pue
rta:
eso es todo, ¡y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del
hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo
.
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerte de Leonor
a,

la radiante, la sin par
virgen pura a quien Leonora las querubes llaman hor
a

ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colga
duras

me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
de tal modo, que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar,
«es, sin duda, un visitante--repetía con instancia-
-

que a mi alcoba quiere entrar;
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...

eso es todo, ¡y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos
fué mi espíritu cobrando:
«Caballero--dije--o dama:
mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía,
y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza
y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar
que no oí»--dije--y las puertas
abrí al punto de mi estancia;
¡sombras sólo y...
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo em
peños,
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sue
ños;
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba

ruido alguno... Resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquel
la hora
yo me puse a murmurar,

y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora!...

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia
pronto oí llamar de nuevo--esta vez con más violencia,

«De seguro--dije--es algo que se posa en mi persiana;
aí

pues, veamos de encontrar
la razón abierta y llana de este caso raro y serio
y el enigma averiguar.
¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el misterio
...

--Es el viento--y nada más!»

La ventana abrí--y con rítmico aleteo y garbo extraño

entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,

con aspecto señorial,
fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta

de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura representa,
fué y posose--¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza

con su grave, torva y seria decorosa gentileza;
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro

no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla...

Dime:--«¿Cuál tu nombre, cuál
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?
..»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco o much

o;

pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura

que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
con tal nombre: «¡Nunca más!»

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie
aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada--ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han marchado,

y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han volado.»

Dijo el cuervo:»¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
«no hay ya duda alguna--dije--lo que dice es aprendido;
aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte

persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en
su duelo,
sus canciones terminar,
y el clamor de la esperanza con el triste ritornelo

de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a la sonrisa
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a
la cornisa;
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía

dime entonces a juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odio
so

al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé a questo, investigando frente al cuervo en h
onda calma,
cuyos ojos encendidos me abrazaban pecho y alma.
Esto y más--sobre cojines reclinado--con anhelo
me empeñaba en descifrar,
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminoso mi fanal--
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
a oprimir--¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire entonces,
por incógnito incensario
que un querube columpiase
de mi alcoba en el santuario,
perfumado--«Miserable sér--me dije--Dios te ha oído

y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy a brindar:
¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta--dije--o duende,
mas profeta al fin, ya seas
ave o diablo--ya te envíe
la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa,
desolado
pero intrépido a este hogar
por los males devastado,
dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste llo
ro?»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Oh, profeta--dije--o diablo--Por ese ancho combo v
elo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Ciel
o
a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida,

presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonor
a!»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz,
oh, cuervo, sea
la señal
de la partida,
grité alzándome:--¡Retorna,
vuelve a tu hórrida guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...
de tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El busto de
ja!

¡Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma al
eja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la e
scultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldur
a...

y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiend
o,

las visiones ve del mal;
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja, t
runca

su ancha sombra funeral,
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡n
unca

se alzará... nunca jamás!

FIN.

End of the Project Gutenberg EBook of Poemas, by Edgar Allan Poe

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK POEMAS ***

***** This file should be named 25807-8.txt or 25807-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/5/8/0/25807/>

Produced by Adrian Mastronardi, Chuck Greif and the Online

Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net> (This

file was produced from images generously made available

by The Internet Archive/American Libraries.)

Updated editions will replace the previous one--the old editions

will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no

one owns a United States copyright in these works, so the Foundation

(and you!) can copy and distribute it in the United States without

permission and without paying copyright royalties.

Special rules,

set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to

copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic

works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing

, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work

with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary,

compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the

Project Gutenberg Literary Archive Foundation.
Royalty payments
must be paid within 60 days following each date on which you
prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax
returns. Royalty payments should be clearly marked as such and
sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the
address specified in Section 4, "Information about donations to
the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies
you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he
does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm
License. You must require such a user to return or
destroy all copies of the works possessed in a physical medium
and discontinue all use of and all access to other copies of
Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any
money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the
electronic work is discovered and reported to you within 90 days
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a

Project Gutenberg-tm
electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement,

disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement

or refund set forth
in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER
WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied
warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages.
If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the
law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be
interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by
the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any
provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the
trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone
providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance
with this agreement, and any volunteers associated with the production,
promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works,
harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees,
that arise directly or indirectly from any of the following which you do
or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm
work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any
Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

ause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit

501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its

s mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.